

LA MESA REVUELTA

PERIODICO
SATIRICO

LITERARIO
ARTISTICO

1875.

EDUARDO DEL SOLAR.



4 RS.

DIRECTOR LITERARIO
TOMAS DE ASEÑSI.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid, 1 peseta al mes; y en provincias, 5 reales.

AÑO I.—NÚM. IV.

Madrid 30 de Abril de 1875.

REDACCION Y ADMINISTRACION,
CALLE DEL ESCORIAL, NÚM. 16, BAJO.

DIRECTOR ARTISTICO,
EDUARDO DEL SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRICION

En el extranjero y Ultramar, 6 reales al mes.

EPISODIOS DE LA GUERRA.

I.

LA EXTREMA-UNCION EN EL CAMPO DE BATALLA.

Era el anochecer, algunos puntos luminosos empezaban á dibujarse en la azulada bóveda, y esa brisa especial precursora de la noche, jugueteaba entre las retamas y los pinos.

El estruendo del combate iba debilitándose por momentos, y solo se oían de vez en cuando algunos disparos perdidos, últimos ecos de la lucha entre vencidos y vencedores.

Los heridos yacían sobre la menuda yerba envueltos en sus mantas y capotes, y el frío de la calentura contraía convulsivamente sus miembros. Los unos exhalaban gritos de dolor; los otros murmuraban frases ininteligibles. ¡Quizá alguno rezaba! ¡Quizá alguno maldecía!...

De repente uno de aquellos desgraciados dió un grito horrible; se incorporó sobre sus rodillas, y su semblante descompuesto anunció con sus contracciones, el principio de la agonía. La bala detenida á un centíme-

tro del corazón había descendido hasta este centro de la vida.

—Padre, dijo el médico al capellán, dad á ese desdichado los auxilios que la religion puede darle, porque los de la ciencia han terminado.

Entonces el sacerdote hincándose de rodillas á los piés del moribundo, elevó sus oraciones al Altísimo con voz fervorosa. Algunos soldados se iban aproximando con cautela y guardaban el más profundo silencio. Porque la muerte impone al más temerario, y hace rezar al más ateo.

La ceremonia religiosa dió principio.

El herido iba á recibir la extrema-uncion, sobre el campo de batalla.

No rodeaban en tan solemne momento al infeliz los seres queridos de su familia, porque el soldado no tiene familia, ni hogar, y hasta los sentimientos quieren negarle.

Estos se traslucían visiblemente en su semblante; sus ojos sin brillo, aún le servían para llorar, aunque no para ver; ¡lloraba! ¡Pensaba en su madre!...

¡Oh qué cuadro tan conmovedor!

El sacerdote, con la estola y los santos óleos en las manos, elevaba sus plegarias al Todopoderoso.

Un corro enorme de soldados, apoyados en las carabinas, con el ros en la mano y en religioso silencio

escuchaban las palabras sagradas del ministro del Señor.

Y aquellos rudos semblantes, ennegrecidos por el humo de la pólvora, y curtidos por los rayos del sol, se humedecían al contacto de las lágrimas que derramaban por su camarada. ¡Pobre oferta que en su aislamiento le dedicaban, pero nacida del corazón é hija de los sentimientos del alma!

¡También ellos eran soldados!

¡También ellos podían ser heridos!

¡También ellos tenían madre!...

La respiración del herido iba debilitándose por momentos, y las huellas de la muerte comenzaban á descomponer sus facciones.

—Dadme agua, murmuró con una voz imperceptible.

Un soldado se acercó cuidadosamente y aplicó su bota á los labios del moribundo.

—¡Eres tú Juan, mi amigo y mi paisano? dijo con débil voz el herido.

—Sí, yo soy, contestó el interpelado con voz ahogada por los sollozos.

—Dame la mano, continuó aquel, que esta será la última vez que la estreches; y si tu buena suerte te hace volver al pueblo en que ambos nacimos, dile á mi madre que he muerto pronunciando su nombre.

Dijo, y un silencio sepulcral siguió á sus palabras.

Solo se oía el murmullo de las hojas agitadas por la brisa.

¡Había muerto!...

Hincóse el sacerdote de rodillas, y todos le imitaron.

Con voz temblorosa por la emoción, empezó á recitar esa plegaria tan sencilla como elocuente que todos conocemos.

Esa oración que tantas veces nos han hecho repetir nuestras madres en su regazo.

¡El Padre nuestro!

Contestáronle todos, y terminado el rezo se deshizo lentamente el corrillo fúnebre.

La noche había cerrado, y con ella la vida de aquel infeliz que ya no debía ver la nueva aurora.

MANUEL MELENDEZ.

B. L. M.

Sin duda, lectores, que estas tres letras os son muy conocidas; es una fórmula que sirve para despedida y para introducción; una especie de regla de la etiqueta que ha confirmado la costumbre, no sabemos por qué; acaso porque la indolencia que nos es natural, nos hizo, ó hizo á los que nos precedieron, dejarla instalarse cómodamente, sin ponerle obstáculo alguno, ni por el buen gusto, ni por la conciencia, pues si la cultura y la razón encuentran inútil y esenta de gracia la fórmula de que hablamos, el decálogo nos dice en una de sus prescripciones divinas: *no mentir*, y diciendo *beso á Vd. la mano*, sin besarla, y sin pensar en hacerlo, se miente á sabiendas, es decir: *engaño premeditado*,

Más admisible es, sobre todo, tratándose de los pies de las españolas, esa otra fórmula del sexo masculino, *B. S. P.*, esto es, acaso un resto de la galantería pasada, y aun una apariencia graciosa y fina, no del todo aceptables, porque hoy ¡ay! sus apariencias no sirven para nada, y apenas si se utilizan las realidades!...

El *B. L. M.*, dicho al azar, escrito en cualquier parte, y dirigido á todo el mundo, es mil veces peor, y urge poner un remedio á esa tempestad de besos que nos amenaza, y que dirigimos indistintamente lo mismo al encargado de negocios, que no debe tener las manos muy limpias, que al acreedor á quien se dá un plazo, ó al usurero á quien se pide un favor, y que de mejor gana que besarle las manos, ni aun en fórmula, se le echaría al diablo, que puede ser que lo recibiera como un antiguo amigo.

Ya sabemos que esa fórmula sirve para todo, lo mismo para recibir al desconocido que para despedirse por escrito, así para la persona á quien se estima como para la persona á quien se odia; siendo completamente inmoral esa mentira autorizada por la costumbre, y poco limpia y delicada, mucho más cuando la emplean labios femeninos, pues si bien la *sabiduría de las naciones* nos dice *manos besa el hombre que quisiera ver cortar*, suponemos que esos serán *otros Lopez*, es decir, otras manos; que el besarlas reporta una utilidad, un bien físico ó una conveniencia; pero estas manos, que parecemos á cada paso dispuestos á besar, y que nos es indiferente se corten ó no, ¿qué diablos de beneficios nos pueden traer? Bien mirado, nosotros, los hijos del siglo XIX, no hemos hecho esa frase: si las palabras tuviesen su privilegio de invención, como ciertos famosos descubrimientos, veríamos que el *besa su mano* murió en la *edad de oro*, en aquella época feliz en que los hombres todos eran buenos y las mujeres todas eran ángeles; entonces esos besos—porque estamos seguros de que en aquella primavera del mundo los besos, no solo se ofrecían, sino que se daban—esos besos, decimos, tenían razón de ser, porque había la seguridad de no emplear mal ese movimiento de los labios, que suele ser impulsado por el movimiento simpático del alma, como las manecillas de un telégrafo por la idea que palpita entre la electricidad que las mueve.

Pero ahora... ¿Dónde están esas manos que se pudieran besar!...

La sociedad actual lo ha comprendido así, y ha suprimido el *hecho* conservando todavía la *promesa*.

Esto ha sido dar un paso tímido en la senda del progreso *besífero*, que diría cierto escritor, y es preciso impulsarle para que *pase adelante*; es decir, para que suprima el *beso fórmula*, como suprimir el *beso verdad*.

Ya que imitamos las modas, las ciencias y hasta el lenguaje de ciertas naciones, sin oír las quejas de nuestra hermosa lengua, imitemos sus despedidas más en armonía con el gusto moderno.

Ofrezcamos *nuestros cumplimientos*, *nuestra consideración*; aseguremos *nuestros mejores sentimientos*,

pero conservemos nuestros besos para quien los sepa y los pueda apreciar.

Los franceses, más prácticos, dan el beso y suprimen la promesa; nosotros, que no los damos, ¿por qué hemos de prometerlos? A la verdad, *B. L. M.* no tiene razón de ser; si se trata de una persona desconocida ó antipática, ¿por qué ofrecer? Y si se trata de otra apreciada y querida, ¿por qué no besar?

De todos modos como fórmula es inmoral, porque es una mentira; como cumplimiento es ramplon, pues ya hace mucho tiempo que se apoderó de él la *cámara baja*; y como costumbre es perjudicial, porque le quita la gracia al beso.

¿Qué valor puede darse á este, aquí donde inconscientemente no hay mano que no reciba *in mentis* alguna docena de besos diarios?

Nuestra época no admite esas filigranas de antigua galantería; ya no hay artífice que las labre.

Nuestra época es *realista*, es decir, realista no sabemos si lo es pero ama la realidad sin duda alguna, y se cuida poco de esas lindas frases que ya significan tanto como los duendes y las brujas.

De este modo le será muy fácil suprimir esa fórmula *besatoria*, y si no lo ha hecho ya, es por la indolencia de carácter.

Dicen que «*lo que la mujer quiere, Dios lo quiere*»; queramos nosotros que ese cumplimiento se olvide y habremos hecho un bien al buen gusto, á la verdad y hasta á las inocentes manos espuestas siempre á ser *besadas* sin voluntad de oponerse á ello.

Supriman también esos hombres el *B. L. P.* si como galantería puede pasar, como *hecho* es difícil, pues se generaliza sin distinción á toda clase de pies...

No es época de besos: los reyes los han suprimido ya: suprimámoslos todos; los besos no se van se han ido...

Despidámoslos para siempre con el último atento

B. S. M.

PATROCINIO DE BIEDMA.

ME QUIERO CASAR.

Non est bonum hominem esse solum. El hombre necesita compañera, si señor; lo he meditado en calma, he pesado con madurez el celibato y sus inconvenientes, quiero tener representación social, ser jefe de familia, reñir con una esposa y contar una prole esclarecida, en fin, me quiero casar.

Mas antes, por si alguna se decide, es muy regular y muy del caso, y está muy puesto en orden, presentar á ustedes mi retrato.

Por la estatura, soy pigmeo, por la frente hombre, por el corazón coloso. Peino cabello laso, retuerzo bigote negro, sueno nariz roma, afeito barba clara. Mis ojos brillan como cerilla de Cascante; mi boca es progresista, porque come, mi corazón es yesca que se inflama. En conjunto, soy un hombre de que dicen ellas al

mirarle. No es feo. Hablando en plata, no soy lindo, ni guapo, ni arrogante, pero tengo un no sé qué. «Soy, por carácter tímido, por convicción liberal, por un error bimano. Tengo treinta y dos años, pero no tengo sobre que caerme muerto; me llamo Juan y he traficado en lanas.

Mamá inquisitorial, polla voluble, viuda mística, vengan todas acá; la que me quiera que levante un dedo.

—Tilin, Tilin.

—¿Quién?

—Una pretendienta.

—¡Uf! ¡Qué facha!

—No soy bien parecida, lo confieso; pero aseguran que mi alma es bella.

—¿Qué quiere usted que le diga? Me parece bastante cómodo, eso de atribuir belleza á lo que no se vé.

—Pero...

—Hija mia, segun es larga esa nariz, tiene usted cara de sarten y estaria yo frito á los dos dias: no me conviene usted.

—Tilin.

—¿Quién?

—Servidora.

—Tampoco usted me gusta.

—Sin embargo, con el trato, dicen que tengo talento, que soy discreta y amable...

—En una palabra, es usted fea; todas las feas son amables, graciosas, inteligentes; ¿que demonios habian de ser sinó?

—Tilin, Tilin.

—¡Otra te pego, ¿rubitas á mí? Mujer dorada, váde-retro, no quiero que me la trasquile algun avaro, ó codicioso de lo ageno.

—Tilin.

—¡Habrase visto!... Quite allá el vejestorio; con más años que Noé, más pecados que Pilatos, más arrugas que una pasa, ¡presentarse á pretender! Tomo encuadernado en pergamino, edición del año mil, mal año para el archivero que la pesque.

—Tilin, tilin, tilin.

—Viva de genio parece usted.

—Es que á mí los hombres me revientan, pero, al fin y al cabo, ¿á qué está una? y se vá usted á casar conmigo mañana, hoy mismo, si me apura.

—Le digo á usted que no.

—Le digo á usted que sí.

—No me conviene usted, y dispense.

—Es que si yo no le convengo, usted sí me conviene.

—Pero ya no me caso, no quiero mujeres; egoistas, imbéciles, traidoras, todas, todas son unas.

—Mejorando lo presente.

—Ea, lárguese usted.

—Me largo, sí, porque á mi no me tose ningun hombre; más tenga usted entendido que ha de ser peor, mucho peor la que usted elija. Los hombres, fuego en ellos, malditos sean amen.

—Diantre con la solterona.

—Tilin.

—¿Quién está ahí?

—Con permiso...

—Adelante.
 —Diré á usted, yo... si usted quisiera, me casaría... pero...
 —¿Pero qué?
 —Nada, como soy tan impresionable...
 —¡Caracoles!
 —¡Qué susto me ha dado usted, qué voces, qué maneras!
 —Quite allá la mogigata, bonitas bromas tiene el agua mansa, á otro perro con ese hueso.
 —Tilin, tilin.
 —Preciosísima mujer, bien tallada, arrogancia, juventud, frescura, mucho trigo y mucho *aquel*. ¿Cómo se llama usted?
 —Elodia.
 —Bonito nombre, no se hable más de ello, usted me conviene.
 —Ya, pero falta saber las condiciones.
 —Sepamos, pues.
 —Yo quiero coche, bailes, viajes.
 —Corriente, no me opongo.
 —Quiero cumplir con el mundo y con la Iglesia, confesar y comulgar todos los dias.
 —Eso me parece demasiado... Lejos, lejos de mí, no quiero mujer tan mística, antes prefiero morir célibe.
 —Tilin, tilin, tilin.
 —Vaya un modo de llamar... ni que estuvieran en casa propia...
 —Tilin, tilin.
 —Acabemos, ábranse esas puertas, entren todas de una vez, y sepamos si entre ellas me conviene alguna. Yo quiero una mujer que cosa; que sea coqueta, pero conmigo; que tenga talento hasta cierto punto; que sea hermosa, discreta, sensible, enemiga de ilusiones y de modas, aun cuando no me traiga un cuarto, al fin y al cabo tampoco yo le tengo, y no teniendo sobre que caernos muertos, no nos moriremos nunca, claro está.
 —¿Hay alguna de ustedes, que reuna las condiciones expresadas?... Si la hay, que levante el dedo.
 Todas permanecen quietas; todas me han hecho tilin y ninguna me conviene; la virtuosa no es linda, la linda es tonta, la graciosa no es constante, la constante es insípida; la rica despilfarra, la modesta aburre, la orgullosa irrita, todas, todas son unas.
 Me casaré...
 —¿Con cual?
 —Con la que de veras me pretenda, ¿qué más quisiera yo?

JUAN TOMÁS SALVANY.

À UN SAUCE.

Arbol que en la soledad
 tiendes tu ramaje al viento,
 tu solo eres en verdad,
 símbolo de la amistad,
 imagen del sentimiento.

Tiene su enseña el amor,
 tiene su emblema el placer,
 en la vida de una flor
 que pierde aroma y color
 cuando acaba de nacer.

Tú, que el pesar simbolizas,
 tú, que á llorar nos enseñas,
 en tu asiento te eternizas
 sobre un monton de cenizas
 la voz del tiempo desdeñas.

Si amor la tumba visita,
 tras de una oracion bendita
 solo deja en rendimiento,
 flores que el tiempo marchita,
 lágrimas, que seca el viento.

Solo tú guardas del hombre
 el sepulcro en que reposa
 bajo tu sombra frondosa,
 para conservar su nombre
 escrito sobre la losa.

Solo tú junto á ella ostentas
 largo desmayo en estío
 y en invierno la presentas
 como fúnebre atavío
 tus hojas amarillentas.

¡Solo tú sabes guardar!
 ¡Oh!... ¡quién pudiera encontrar
 un corazon de mujer
 tan constante en el querer
 y tan tardo en olvidar!

Sin flor, la tumba escondida
 bajo tu ramaje inerte,
 duda la razon al verte
 si eres recuerdo de vida
 ó eres ángel de la muerte.

Pues cuando empieza á clarear
 y vá el viento á susurrar
 con sus notas apagadas
 en las ramas perfumadas
 donde brotó el azahar.

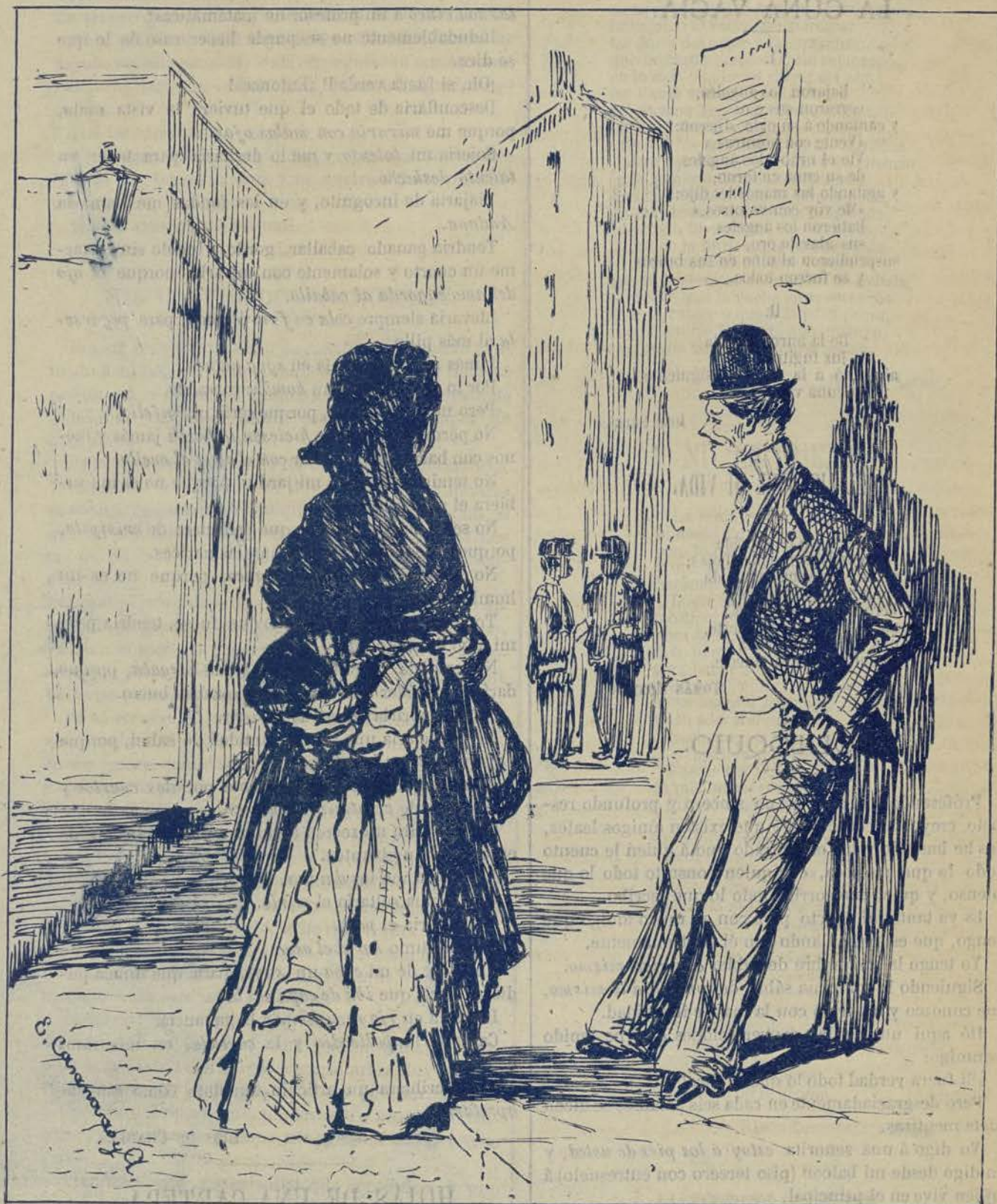
Cuando por embellecerlas
 vá el rocío á humedecerlas
 y á bañar las frutas rojas,
 lo que en sus ramas son perlas
 son lágrimas en tus hojas.

Vosotros, los que á llorar
 con el alma dolorida
 vais á la tumba querida,
 de hoy más debeis respetar
 del triste sauce la vida.

De hoy más que en el pátrio suelo
 fiero el cañon nos aterra,
 de hoy más que suben al cielo
 tantos ayes sin consuelo
 al ronco grito de guerra.

Ese fantasma admirad
 que en la tumba se recliná:
 dónde se luchó, indagad,
 y por los héroes, alzad
 un bosque en cada colina!

LEANDRO TORROMÉ ROS



—Al verte me quedo absorto
¿te llevo el lio, bien mio?

—Tiene usted el genio muy corto
para meterse en un lio.

LA CUNA VACÍA.

I.

Bajaron los ángeles,
cerraron sus ojos
y cantando á su oído, dijeron:
«Vente con nosotros.»
Vió el niño á los ángeles
de su cuna en torno,
y agitando las manos les dijo:
«Me voy con vosotros.»
Batieron los ángeles
sus alas de oro,
suspendieron al niño en sus brazos
y se fueron todos.

II.

De la aurora pálida
la luz fugitiva,
alumbró á la mañana siguiente
la cuna vacía.

JOSÉ SELGAS.

EL LIBRO DE MI VIDA.

En el libro de mi vida
llevo escritas muchas hojas;
no hay ninguna concluida
sin pesares y congojas.
Pero tengo reservada,
para que siga otra suerte,
una hoja: la marcada
con el sello de la muerte.

TOMÁS MONTEJO.

SOLILOQUIO.

Profesando á la amistad un sincero y profundo respeto, creyendo con ciega fé que existen amigos leales, los he buscado y he encontrado uno á quien le cuento todo lo que me pasa, con quien consulto todo lo que pienso, y quien me corrige todo lo que escribo.

Es ya tanto mi afecto para con el único amigo que tengo, que estoy hablando con él continuamente.

Yo tengo la costumbre de hablar *conmigo mismo*.

Siguiendo la máxima sabia de *conócete á ti mismo*, me conozco y me trato con la mayor intimidad.

Hé aquí una de las conversaciones que he tenido conmigo:

¡Si fuera verdad todo lo que se dice!

Pero desgraciadamente en cada seis palabras se dicen siete mentiras.

Yo digo á una señorita *estoy á los piés de usted*, y lo digo desde mi balcon (piso tercero con entresuelo) á quien vive en el principal.

Ella me contesta *beso á usted la mano*, y desgraciadamente no me la ha besado en todos los días de su vida.

El rostro es el espejo del alma. Calle usted por Dios; tengo yo un amigo con un alma hermosísima y tiene la cara llena de manchas encaramadas... El rostro es el espejo del hígado.

¡Pues y una señora que dice que vá á enseñar *cuántas son cinco* á un profesor de matemáticas?

Indudablemente no se puede hacer caso de lo que se dice.

¡Oh, si fuera verdad! ¡Entonces!

Desconfiaría de todo el que tuviera la vista mala, porque me *miraría con malos ojos*.

Cojería mi *talento* y me lo desharía para tener un *talento deshecho*.

Viajaría de incógnito, y en las fondas me llamaría *Andana*.

Tendría ganado caballar, gordo y lucido sin costarme un cuarto y solamente con mirarle, porque *el ojo del amo engorda al caballo*.

Llevaría siempre *cola en frío* ó goma, para *pegarse-la* al más pillo.

Jamás me embarcaría en *agua mansa*.

Por lo pronto sería un *hombre completo*.

Pero no sería bueno, porque sería un *infeliz*.

No permitiría que me *hiciesen la barba* jamás y menos con bacía, por no estar *con el agua al cuello*.

No tendría *parra* en mi jardín, porque no se me subiera el gato á la idem.

No sería amigo de nadie que padeciera de *crisipela*, porque enseguida se le hinchaban las narices.

No confiaría en ningún *manco*, porque no es un *hombre cabal*.

Todo calvo por más bueno que fuese, tendría para mí algo de *calavera*.

Nunca diría que una persona me *cargaba*, porque daría á entender que era su escopeta ó su burro.

No me moriría *mientras viviera*.

Me agenciaría una buena cantidad de salud, porque hay quien *tiene la salud comprado*.

A mi mujer la llevaría elegante por *dos cuartos* y había de ir de *veinticinco alfileres*.

Tendría para mi recreo algunos animales hechos de encargo ó muy baratos.

Los *micos* me los *darian*.

Una vecina soltaría el *mirlo*.

Yo pagaría el *pato*.

Y por último *haría el oso*.

Yo *haría* de mi *capa* un *saya*, para que nunca pudieran decir que *iba de capa caída*.

Pescaría en *rio revuelto* por la ganancia.

Cantaría la *palinodia* y la *cartilla*, en mis ratos de ocio.

Y si escribiera un artículo tan flojo como este, le *apretaría*.

LUIS DE CHARLES.

HOJAS DE UNA CARTERA.

LAS DOS MARIPOSAS.

Hoy he ido á leer en el campo. Constantemente he visto una mariposa revolotear sobre las flores silvestres, que nacían en un soto aislado y cercano. Alguna vez se

alejaba un momento, pasaba por encima del agua de un arroyo que retrataba á intervalos sus inconstantes vuelos, pero volvía en seguida á sus flores. Cuando he dejado aquella sombra, todavía seguía en sus amores. Pronto agitará sus irisadas alas, y tomará algún nuevo cariño.

¡Lo he visto tantas veces!

Así le pasa á la felicidad. Hay veces que se desvive con un sér. Luego lo deja y no vuelve á hacer memoria suya.

¡Lo he visto en mí mismo!

MIS CONVIDADOS MATUTINOS.

Era en un valle rodeado de montañas. Estando asomado á mi balcon, vi un niño correr con una ligereza prodigiosa, y coger un pequeño pájaro, que impotente á levantar el vuelo, quizás acababa de escapar de otra mano.

Se lo compré y lo llevé á mi cuarto para observarlo. Tenía un ala impregnada de lodo. Le lavé, y mientras se secaba, le contemplé tranquilo mirándome como si me comprendiera. Luego en la sala vecina oyó las notas de un piano, y puso el oído como para escucharlas.

Aquel pájaro inmóvil, su oscuro plumage suave diseñando su gracioso cuerpo, su entreabierta cola apoyada en el suelo, la cabecita ladeada, sus ojos chispeantes como poseídos de la sensación de la armonía; me hicieron pensar en que tenía alma.

No sé en que libro he leído, que el árbol siente, y ama también, como el hombre, y se estremece hasta en sus raíces, cuando en la tarde, el viento tibio, cargado con los perfumes de la llanura, llega soplando en su cabellera verde, á inundarle de besos.

¡Con cuánta mayor razón no debe sentir el ave!

Sea lo que quiera. Mi pájaro se ha estado quieto. Héle dado de comer, he abierto las vidrieras de mi habitación, y cuando mirando el campo, le he dejado en libertad de levantar el vuelo, le he despedido.

¡Adios criatura! Si tienes alma, y me escuchas; y me entiendes, acuérdate de mí en el bosque, y diles mi cuidado á tus compañeros de la selva.

El animal me comprendió y ha tenido memoria. Al día siguiente ha venido á comer en mi ventana. Después han venido dos más á acompañarle. Hoy no me basta el pan que les preparo la noche anterior.

Cuando al despertarme, me levanto y abro mis balcones, una turba de pájaros me aguarda en el vecino árbol.

Y no hace más que seis días que compadeci á uno de ellos.

MANUEL ELZABURU.

LAS LÁGRIMAS.

La lágrima que á solas no se vierte
las inquietudes más acerbas calma,

siempre encuentra una frase de consuelo,
siempre una mano ansiosa de enjugarla.
Semejante al rocío que refresca
las flores del amor y la esperanza
que brotaron hermosas, sin espinas,
en lo más hondo del vergel del alma,
ese llanto vertido templar logra
del corazón la pesadumbre amarga,
ese es el llanto que placer ofrece,
esas son las más dulces de las lágrimas.

Pero aquellas que á solas y en silencio
en la sombría noche se derraman,
sin más consuelo que la propia pena,
sin más testigo que la fría almohada,
que como fuego lento van secando
la flor de la ilusión que se albergaba
en algún corazón amante y puro
que en tristes quejas su dolor no exhala,
temiendo que la noche entre sus ecos
lleve el rumor á quien la pena causa,
esas sí son las lágrimas que queman,
esas sí son las lágrimas que matan.

JULIA DE ASENSI.

Y NO ES CUENTO.

La razón yo no la sé,

ni nadie me la diría;

pero lo cierto es que amé

y que seis meses pasé

haciendo el oso á Lucía.

Logré al fin, es natural,

me diera el sí consabido,

pues de Agosto á Carnaval

tuvo tiempo ¡voto á tal!

para haberse decidido.

En la Alhambra lo escuché

de su boquita hechicera,

y allí adorarla juré

estrechando su... corsé

al compás de una habanera.

Fuérme tan fiel que jamás

en mis brazos sintió tedio;

y fuéralo acaso más

si un primo de Barrabás

no hubiese estado por medio.

Pero en constancia brilló

porque la pobre Lucía

á los dos años murió,

y hasta la muerte me amó

lo mismo que el primer día.

Honda huella llegó á hacer

en mi pecho y mi fortuna;

mas tengo que conceder

que al cabo era una mujer

de palabra cual ninguna.

Le otorgo perdón entero,

pues no olvidarme ofreció,

y con interés sincero

para... pedirme dinero

siempre de mí se acordó.

RAMON CONTRERAS Y EYRIZ.

Á LA SUSCRITORA... POBRE.

Pobrecita que á mi puerta

pides limosnas de ingenio...

á quien de eso que le pides

en la vida llevó suelto.

«Si el talento no se puede

«dar, como se da el dinero,»

y aunque se pudiera, nunca

se daría no teniéndolo...
Es preciso ya que vienes
con achaque pediguño
que te contentes con algo
que puede darse y que tengo...
Pobrecita pediguña
que obligas favoreciendo
allá van como limosna,
mi gratitud y mi afecto...
Mas como la caridad
debe ejercerse en secreto
manda en secreto tu nombre
y le daré mi recuerdo.
Que si es poca la limosna
podrán servirla de aumento
la verdad con que te llamo
y el ansia con que te espero.

LUIS DE CHARLES.

TEATROS.

No hace muchas noches que con el título de *El Forastero* se estrenó en el coliseo de la calle del Príncipe, un juguete cómico en tres actos y en prosa, debido á la pluma del señor Pina Domínguez.

Por más que el público no salió muy satisfecho de la obra, esta presenta, en honor de la verdad, un conjunto agradable, y los numerosos chistes de que se halla salpicada hubieran producido más efecto si el autor los hubiera reducido á más estrechos límites: algunos de ellos son de admisión muy dudosa y á veces su color sube de punto.

En la obra del Sr. Pina se ven reflejadas las perniciosas influencias del teatro cómico francés, y tiempo es ya de que los autores que como él se dedican con éxito á las tareas dramáticas, prescindan de influencias más ó menos marcadas; pero que casi siempre son perjudiciales y traten de recuperar y mantener el carácter clásico que imprimió en nuestra escena el siglo xvi.

En el mismo teatro y con un lleno completo el lunes 20 se verificó la función á beneficio de la Sociedad de Escritores y Artistas, poniéndose en escena las obras *El Hombre de Mundo* y *Mi secretario y yo*. Inútil es decir que el público aplaudió con frenesí las bellezas de primer orden que encierran y la perfección con que fueron ejecutadas dichas obras por los principales actores de la compañía.

Con el mismo objeto el teatro de la Zarzuela ha presentado una escogida función el pasado viernes, poniendo en escena *Marina* y *El loco de la guardilla*, en las que han recogido nuevos triunfos la Srta. Maldonado y los Sres. Obregon, Sanz, y Rodriguez.

Hemos tenido el gusto de escuchar la lectura de los dos primeros actos de un precioso drama que, con el título de *Milton*, está escribiendo D. Francisco Perez Echevarría en colaboración con D. Arturo Gil de Santibañez. Abunda en situaciones levantadas é interesantísimas, y en el próximo invierno nos prometemos el placer de oír los magníficos versos que contiene en boca de Teodora Lamadrid.

J. M. DE RETES.

VARIEDADES.

Hemos recibido en nuestra redacción el primer número de *La Flor de Lis*, periódico patrocinado por S. M. el Rey, que dirige nuestro particular amigo don Eduardo Lopez Bago.

En este elegante semanario figuran las más notables firmas de nuestros escritores, unidas á los bellos trabajos del Sr. Capúz, y otros acreditados artistas.

También hemos recibido *La Revista Científico-literaria*, *El Aviso de Santander*, *La Miscelánea de Barcelona* y *El Folletín de Málaga*.

En la calle del Príncipe, se está construyendo un teatro.

¡Ah! Se me olvidaba decir á ustedes, que tiene en la misma casa *tertulia*.

—*Juego: me retiro.*

El sol está sostenido
por la atracción del espacio;
ya tiene cuatro bemoles
la música de los astros.

Cuando se baña Luis conmigo, me entretengo en zambullirle dentro del agua.

—¿Y qué hace entonces?

—*Nada.*

El último número de *El Chiclanero* nos dedicaba unos versitos, con el ánimo de ofendernos. Si estos versitos hubieran sido siquiera medianos, nos tomaríamos la molestia de contestarlos; pero consideramos que al escribir en contra de *El Chiclanero* perdemos el tiempo lastimosamente.

¿En qué retórica y poética han aprendido ustedes literatura?

Existe un doctor loco que tiene la monomanía *anunciante*. El protesta que no lo está, y dice que todo *lo-cura*.

Por chismes de Juan Peña
anduvieron dos suegras á la greña;
y aún dice el vulgo bobo
que no se muerden nunca lobo á lobo.

GUILLERMO PERREN Y VICO.

—¿Cuál es el sol menos bonito?

—*El sol-feo.*

CHARADA.

Letras son mis tres primeras
es mi cuarta poco usada;
quinta va por las praderas;
jay de ti, si no supieras
el todo de mi charada!

A. L.

(La solución en el próximo número.)

SOLUCION A LA FUGA DE CONSONANTES DEL NUMERO ANTERIOR.

La ilusión es una planta
que dentro del alma crece,
y por cada desengaño
una de sus flores muere.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

CAMÁNDULA.

POR QUIRÓS, IMPRESOR, ABADES, 10.